

El 15-M y mi amiga Emília¹

Àngels Martínez Castells

Grândola, vila morena
Terra da fraternidade
O povo é quem mais ordena
Dentro de ti, ó cidade
Em cada esquina um amigo
Em cada rosto igualdade
Grândola, vila morena
Terra da fraternidade
ZECA AFONSO, "Grândola, vila morena"

A su manera, con su familia, sin dejar de sonreír y sin ningún miedo, indignada desde hace años y reaccionando como pocas, estaba mi amiga este mes de mayo en la plaza Catalunya, con un clavel en el pecho. Su vida ha sido muy dura: una historia, como tantas de la emigración, con hijos pequeños desde un pueblo en la costa norte de Portugal hacia ciudades mucho mayores en el norte de esta Europa que no es ni tan culta, ni tan limpia, ni tan feliz como prometía el poeta. Su marido cambió el mar y los horizontes casi infinitos por los rígidos horarios y las paredes casi carcelarias de una gran empresa metalúrgica, de esas que crecieron y se hicieron multinacionales *malpagando* el trabajo de tantos y tantos desheredados de los países más pobres. Portugal es cuna de emigrantes, y los hijos e hijas de Emília lo aprendieron muy pronto. Ahora, ya mayores, han quedado desperdigados por esa Unión que poco a poco se entrega a los mercaderes más corruptos, mientras ahoga la democracia que fue su cuna y su identidad. Una de sus hijas acabó primero en la Universidad de Barcelona y después en una de las empresas en apariencia más solidas del sector de las químicas, mientras Emília volvía finalmente con su marido,

¹ Este texto se publicó originalmente en el libro *YES WE CAMP! Trazos para una (r)evolución*, 2011, Dibbuks, Madrid. Se reproduce con permiso de los editores.

ya jubilados, a su vieja casa en las cercanías de Porto. Y, en el peregrinaje ritual de visita a los hijos desperdigados, Emília recaló en Barcelona en mayo, y nos trajo los claveles de abril a la Pl. Catalunya, entre el alborozo de las cacerolas que rompían todos los miedos y silencios cada noche, mientras la acampada fue revolución. Publiqué su fotografía en mi blog, y ella escribió:

O meu marido e eu viemos participar nesta revolução com um motivo: nós tivemos que emigrar e trabalhar duro toda uma vida para que os nossos filhos pudessem estudar, e hoje, uma filha minha, com varios estudos e idiomas, está aqui no desemprego!

Traducción: Mi marido y yo hemos venido a participar en esta revolución por un motivo: tuvimos que emigrar y trabajar duro toda nuestra vida para que nuestros hijos pudieran estudiar, y hoy, una de mis hijas, con varios estudios e idiomas, está aquí, en paro.

Emília se refería a su hija barcelonesa, la que trabajaba en unos laboratorios que fueron comprados por otros grandes laboratorios y absorbidos, a su vez, por otros laboratorios aún mayores. Cada vez que un pez mayor se comía al que parecía más chico, su puesto de trabajo implicaba más responsabilidades, su dedicación debía ser mayor, incrementaba su intensidad, rendía más plusvalías... Pero ese sistema irracional que es el capitalismo acaba devorando las mismas fuerzas y fuentes que lo alimentan: en la absorción que siguió a la cuarta reestructuración, la hija de Emília se quedó sin empleo, engrosando la tasa de paro de las mujeres y los bonos-recompensa de los que —bajo la ironía de llamar a su sección "Relaciones Humanas"— reducen plantillas a cambio de sueldos cada vez más altos (que fuerzan el abanico salarial de la desigualdad de esta crisis, la cual es una estafa) y primas de escándalo por cada despido que ejecutan. Los ERES son pactados o aprobados por la autoridad competente, pero el margen de lucha para las personas condenadas al paro parece quedarse en unos días más o menos de indemnización, mientras los beneficios de los laboratorios aumentan y absorben las vidas de las personas que trabajan y luego echan al paro... así como la parte del león de los presupuestos de una sanidad que se está privatizando y desmoronando si no nos ponemos en pie (DEMPEUS) para rescatarla de tanta avaricia.

Sólo hay que abrir los ojos para ver cómo crece el poder de los laboratorios mientras se deteriora el sector público de salud. ¡Y asusta pensar en la deriva de la democracia si al mando y ordeno de las industrias químicas añadimos la desregulación financiera y el poder de una banca que puede dejarnos sin casa y con deudas eternas...! Emília sabe de todo eso, e intuye mucho más, mientras golpea la tapa de una cacerola con una cuchara de

madera del Alentejo. Sin dejar de sonreír —esa actitud fraterna en la lucha es patrimonio de quienes siempre lucharon— canturrea a Diolinda y su "¡Que parva que sou!", y a Zeca Afonso y su "Maio, que lindo Maio", o el "Grândola, vila morena" con "el pueblo es el que más ordena...". Y con las notas más o menos afinadas, crece y se comparte un deseo de dignidad, de poner finalmente el mundo sobre sus pies... esa inversión hacia un mundo urgentemente mejor que parece ser casi realidad en las acampadas...

Emília no quería alejarse para nada de esa juventud de todas las edades que redimía de nuevo una ciudad como Barcelona, de pasado generoso para la mejor historia de la espontaneidad de clase y la rebeldía con causa. No se quería perder ni un segundo, porque recordaba con tristeza cómo su emigración forzada, poco antes de abril de 1974, le impidió participar como hubiera deseado en la revolución en Portugal. Sin embargo, como todas las personas que han nacido con instinto certero, Emília siempre supo cuál es su lugar en el hilo rojo de las luchas que no entienden ni de países ni de idiomas. Y, con su propio acento, vivió la democracia de las luchas obreras en Francia contra los contratos basura, por la jornada de 35 horas... Recordaba, entre el rítmico golpear de la madera contra el aluminio, que las victorias democráticas y de clase cuestan sudor y sangre, pero son la única posibilidad de hacer más amable la vida de hombres y mujeres que sólo tienen sus manos para trabajar y la libertad justa para soñar una vida con sueños que, si se persiguen hasta el final, pueden cumplirse.

Este mes de mayo de 2011, Emília quería —a pesar de sus años y sus dolores reumáticos— quedarse a dormir en la acampada. Quería integrarse en la plaza todo el tiempo que iba a durar su estancia en Barcelona. Quería que cuando callaran las cacerolas siguiera en la acampada su sonrisa veterana de tantas luchas, sus claveles que huelen a todos los abriles que en el mundo serán y han sido, y tuviera también acento portugués: "lo llaman democracia y no lo es, no lo es..."

Al final, en la última noche de su estancia en Barcelona, en su última hora en la acampada, la gruesa cuchara de madera se rompió. Emília la miró agradecida y le pidió a su hija que no la tirara: "Guárdala, pero no la escondas. Que se rompió en la lucha... que aún me duele la mano de exigir con ella unidad y dignidad... que es como la agostada bandera de un sueño que no puede acabar cuando la madera cede, o cuando mayo acaba". Emília, como siempre, tiene razón: lo mejor, lo más justo y ético, con motivos más que sobrados, se ha exigido esta primavera al ritmo que marcaban los corazones y las mentes, y, a las nueve de la noche, las cacerolas y las cucharas: como esa

gran cuchara —finalmente rota— de madera del Alentejo. Es una cuchara que aprendió el ritmo de las reivindicaciones más justas mientras, en el collar de quien la blandía, los claveles de un Maresme casi portugués levantaban complicidades y sonrisas, y ponían a Emília, por unas horas, y por motivos profundos y compartidos, en el centro de una gesta de ciudadanía por un mundo mejor. Ese mundo vivible para todas las personas, y especialmente amable y atento con las más débiles, que había dejado de ser una posibilidad para tomar cuerpo y realidad en tanta gente conscientemente indignada en tantos lugares del planeta... y también con Emília, pletórica y sonriente con su clavel rojo, en la acampada de Barcelona ●



Segunda revolución para Emília, portuguesa, esta vez en Barcelona. © S.R. photo